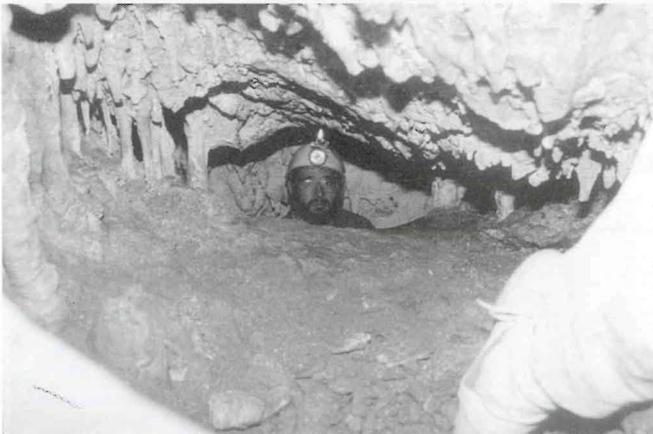


## LA CUEVA DE LOS PILARICOS

*Miguel Macián Lázaro*

El término de Bejís tiene numerosas cavidades, muchas de ellas accesibles sin un despliegue especial de medios técnicos y en las que la naturaleza recrea una belleza exuberante de techos y columnas. En otras, para ver esta inmensa belleza se precisa de una preparación adecuada y la guía de un espeleólogo.

José Formentín Penadés se ha ocupado de catalogar muchas de estas cavidades. A lo largo del año, y en especial durante la quincena de vacaciones que pasa en el pueblo, las investiga palmo a palmo, toma sus cotas y levanta planos de perfil y planta de cada una.



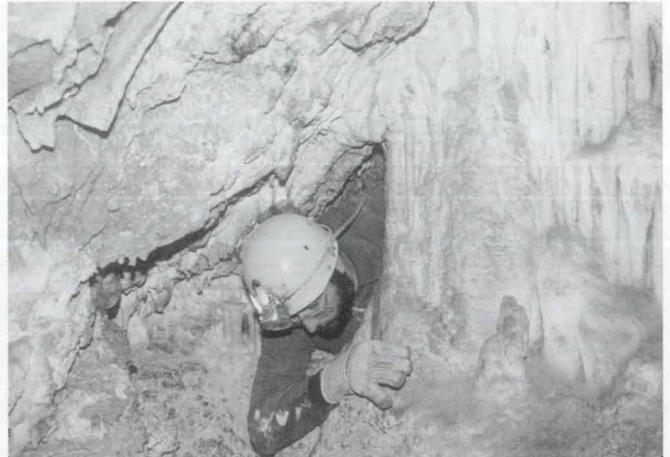
Vamos a dar noticia aquí de la **Cueva de los Pilaricos**, de dimensiones no muy grandes, pero de un atractivo y una belleza especial.

La cueva se halla en lo alto del barranco de la Hoz cerca de la cueva del Mardano.

En la investigación realizada por Formentín se describen cuatro salas que tienen la particularidad de sus estrechos accesos en dos de ellas (sala 3 y sala 4) por lo que para acceder a estas pequeñas capillas sixtinas se precisa de ayuda técnica.

En la fotografía número 1 se aprecia la estrechez por la que el amante de la naturaleza tiene que pasar para ver los techos y las columnas que se muestran en las fotografías 2 y 3.

Entramos un 8 de agosto, la primera sensa-

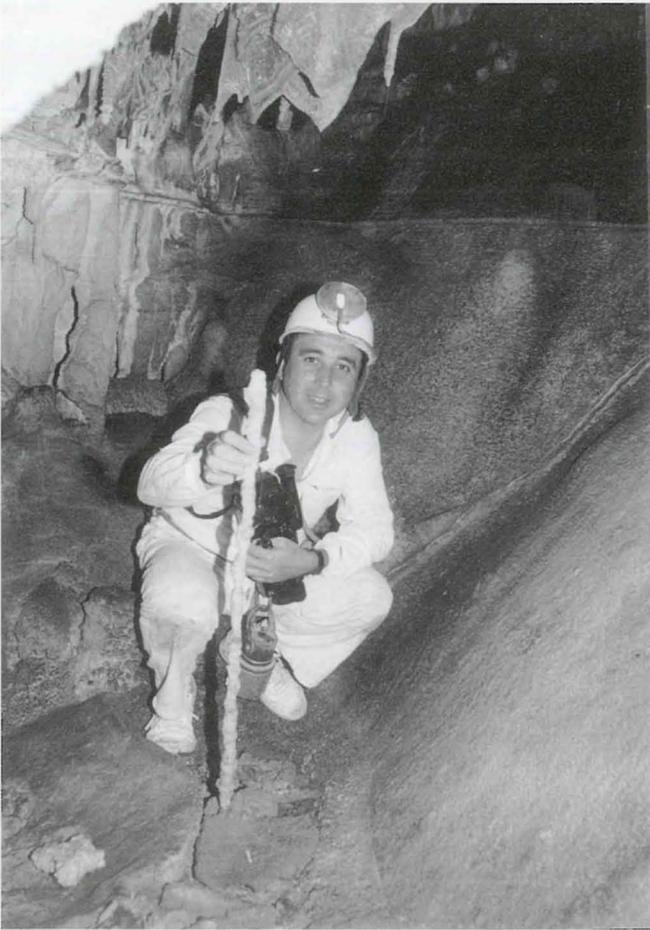


ción, al atravesar la boca de entrada de 50 x 60 cms., es un bienestar por la frescura con la que nos acoge la cueva; los ojos, con la luz que entra desde el exterior, vislumbran una serie de columnas, algo de vegetación y unas raíces que penetran en busca de humedad. Luego el carburero nos va descubriendo la belleza de las gruesas columnas que han necesitado una eternidad para formarse.

Entrar en la sala 2 precisa de una inmensa curiosidad y la confianza en el amigo espeleólogo, pues el paso es verdaderamente estrecho. Un mono de trabajo nos protege de las raspaduras. Dejando el cuerpo lo más relajado posible, se inicia la bajada serpenteando por la estrechez. Primero ha pasado el espeleólogo y con su ayuda poco a poco los pies se van descolgando y el cuerpo ha logrado el acople con la abertura.

Pero el esfuerzo ha valido la pena, una elipse de columnas se presentan delante de nues-





tros ojos incrédulos; el vapor de nuestros cuerpos nos hace sentirnos extraños en un lugar de tanta paz y silencio. Es la tercera visita que recibe la cueva, eso comunica una sensación de privilegio inolvidable. Es imposible describir lo que los ojos van viendo. Millones de estalactitas de tamaños grandes, pequeños e ínfimos se abalanzan sobre nuestras cabezas. *Cuidado no toques*, el espeleólogo transmite la responsabilidad de la conservación de algo que ha tardado tantos miles de años en formarse. La sala 4 desborda ya toda nuestra imaginación, bajamos al lecho de un *gour* en el que un cordón de piedra señala el nivel de las aguas, ahora inexistentes. En el centro, una estalagmita del grosor de un pulgar se eleva, sola, buscando su gemela descendente. (foto núm. 5).

José Formentín me explica por qué hay que conservar las cuevas, por qué no hay que echar basuras ni animales muertos; son un filtro de las aguas que luego, posiblemente beberemos.

Aunque a los no expertos nos pase desapercibido hay vida dentro de las cuevas, animalillos minúsculos tienen su microclima ideal allí dentro, son lugares mágicos que debemos llegar a los que nos sucedan.

El tiempo pasa sin darnos cuenta, la continua contemplación de tantas obras de arte, el silencio y el clima tan agradable con que nos acoge la cueva son los culpables.

Salimos con un esfuerzo similar, atravesando las estrechas cancelas de la cueva. Una vez fuera una cosa es cierta, la persona que acaba de salir no es la misma que la que hace unas horas penetró en la cueva.

